

PARA QUÉ QUEREMOS MENTIRAS
SI TENEMOS POSVERDADES

“La mentira es algo demasiado valioso como para ser mal empleada.

[...]

Somos mentiras de fiar.”

LAURENT BINET, *La séptima función del lenguaje*

El Diccionario del inglés de Oxford eligió posverdad (*post-truth*) como la palabra del año 2016. No es requisito que la palabra elegida año a año se haya acuñado necesariamente el año de su elección, ni tampoco que haya entrado ya en el diccionario (ni se garantiza con ello la entrada, aunque en este caso sí se ha producido ya), pero sí que haya explotado como etiqueta y haya alcanzado prominencia en el discurso público. No se trata de una votación popular: la editorial Oxford University Press, que es la que edita ese diccionario y otros muchos, envía una encuesta a sus equipos de lexicógrafos, consultores y editores y recaba sus candidatas. Por su parte, el director de la RAE, Darío Villanueva, anunció que el término *posverdad* entraría en diciembre de 2017 en la versión en línea del Diccionario,¹ y así ha sido en la última actualización digital de la obra. La Fundación del Español Urgente (BBVA) ya la había incluido entre las diez finalistas de la palabra del año en 2016, siendo *populismo* la finalmente elegida.² Como populismo y posverdad a menudo aparecen en el mismo sintagma, al menos en ciertos medios periodísticos, hemos de considerar que ambos “precipitan” al ruedo público desde el mismo universo del discurso, por más que populismo sea un término antiguo, y por más que la proximidad de ambos en una frase pueda pretender hacerlos desde cuasisinónimos a antónimos, dependiendo del marco.

Según el OED, *post-truth* califica aquella situación en la que “los hechos objetivos son menos determinantes que la apelación a la emoción o a las creencias personales en el modelaje de la opinión pública”. El ejemplo que pone el diccionario es: *en esta era de la política de la posverdad, es fácil seleccionar cui-*

¹ Fundéu BBVA, “El término “posverdad” entrará este año en el diccionario de la RAE” (30/06/2017). <https://goo.gl/AYcPsX>

² Fundéu BBVA, “Populismo, palabra del año 2016 para la Fundéu BBVA” (30/12/2016). <https://goo.gl/F2Lgq7>

dadosamente (cherry-pick) los datos y llegar a la conclusión que uno desee. En este caso el prefijo post-, precisa el diccionario, no se refiere a posterioridad en el tiempo, como en el caso de posbélico o postraumático, sino superación, cancelación o irrelevancia de aquello sobre lo que se aplica. En otras palabras, una época “posverídica” es aquella en que la persecución de la verdad se ha vuelto inútil o quimérica. Entraríamos en una especie de suspensión voluntaria de la capacidad de juzgar los hechos por lo que son –como si averiguar cuáles son los hechos fuera tarea inútil– y una querencia por asumir “hechos” ya teñidos de color. Dado que esos colores son más vivos y parecen aportar no sólo una descripción, sino sugerir también una interpretación al hecho, permiten una justificación paradójica: es un hecho porque la interpretación lo explica de manera simple y económica (remontando el río de la lógica).

Parece ser que el término “posverdad” se acuñó en los días de la Guerra del Golfo: también según el *Oxford English Dictionary*, fue el dramaturgo serbio-americano Steve Tesich quien empleó el término por vez primera en un artículo para *The Nation* en 1992. En ese texto, titulado “Un gobierno de mentiras”, dibujaba un proceso de degradación de la calidad de la democracia y de la sociedad civil por obra no sólo de los gobernantes, sino también de los ciudadanos. El caso Watergate, el escándalo Irán-Contra y la Guerra del Golfo eran tres hitos en la historia reciente de EE.UU. que demostrarían que los ciudadanos comenzaban a evitar cada vez más enfrentarse a la verdad y preferían que el gobierno les ahorrara ese trago: “we, as a free people, have freely decided that we want to live in some post-truth world”.¹ Más recientemente, ya en plena era digital y telemática, los vuelcos electorales contra pronósticos y sondeos en apariencia fiables (y contra las razones políticas de un cierto *establishment*) se han atribuido al efecto de posverdades propaladas viralmente por las redes sociales, capaces de movilizar a un electorado poco escrupuloso y de torcer en cierto modo un resultado que parecía no sólo el más probable, sino también el más razonable. Véase, como los casos más señalados, el referéndum sobre el Brexit (23 de junio de 2016), el referéndum por el que fueron rechazados los acuerdos de paz con las FARC en Colombia (2 de octubre de 2016) o las elecciones presidenciales en EE.UU. que dieron la victoria a Trump sobre Clinton (8 de noviembre de 2016).

Por su parte, como decíamos, el DRAE registra desde diciembre de 2017 el término “posverdad”, que define así: “Distorsión deliberada de una realidad,

¹ Steve Tesich, “A Government of Lies”. *The Nation*, 6-13 de enero de 1992. <https://goo.gl/dzEZqi>

que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales”. El ejemplo sería: *Los demagogos son maestros de la posverdad*. La diferencia con la definición británica puede parecer pequeña, pero merece reseñarse, más allá de que en inglés *post-truth* es un adjetivo y en español posverdad un sustantivo: donde el diccionario de Oxford define una situación (*circumstance*) y habla de modelaje (*shaping*) de la opinión pública debido a una apelación a las emociones y creencias personales, el de la Academia habla directamente de “distorsión deliberada”, de “manipulación” y de “influir”, de manera que la primera es más descriptiva y neutra, mientras que la segunda es más valorativa y carga más las tintas.

La primera sugiere más bien que es la situación la que genera una corriente de emoción que, sin duda encauzada por instancias que no se precisan, puede sobreponerse a la evidencia de los hechos. La segunda dice que los hechos son manipulados intencionada e interesadamente para azuzar emociones, lo cual hace de la posverdad, implícitamente, un sinónimo o una actualización del término “propaganda” en el sentido que tenía desde comienzos del siglo pasado (y que el DRAE precisamente ya no recoge en esa precisa acepción, pero sí el OED). El diccionario británico dice que hay situaciones en que las personas anteponen sus emociones y creencias a los hechos, dando por descontado que todos esos ingredientes entran habitualmente, en proporciones variables, en el guiso de la opinión. El diccionario español establece una relación de necesidad entre la distorsión de los hechos y la manipulación de las emociones y creencias, como si éstas no pudieran estar sujetas a otras variables o no pudieran, llegado el caso, oponerse precisamente a la manipulación de los hechos.

Ninguna de las dos alude a que sea un fenómeno nuevo, pero el ejemplo de uso británico apela al *big data*, que sí es una nota de actualidad, mientras que el ejemplo de uso en español apela a la demagogia, y podría predicarse tanto de los políticos actuales como de los sofistas contemporáneos de Platón.

Las interpretaciones de periodistas, analistas políticos y expertos en comunicación social basculan entre quienes la juzgan un término de moda que ha acertado a etiquetar un procedimiento muy antiguo, conocido desde la retórica clásica y, por no remontarnos tanto, bien identificado ya en la prensa de finales del siglo XIX y principios del XX,¹ y quienes la adscriben inequívocamente a los efectos casi inevitables del digitalismo, la telemática y las redes sociales.²

¹ Viktor Pickard, “Media and Politics in the Age of Trump”. *Origins: Current Events in Historical Perspective*. 10(2), 2016. <https://goo.gl/kj2YwT>

² William Davies, “The Age of Post-Truth Politics”. *The New York Times*, 24/08/2016. <https://goo.gl/HznS6R>

Según estos últimos, sería el precio que debemos pagar por la fragmentación de los proveedores de información, antes fuertemente centralizados, por el empoderamiento comunicativo del usuario y por la sobreabundancia y aceleración informativas resultante, que la volvería inmanejable y socavaría la posibilidad del acuerdo hasta en la exposición de los hechos. Todo ello parece redundar sin remisión en una debilitada credibilidad de fuentes profesionales antes tenidas por fiables, mientras las redes sociales proveerían un espacio aparentemente neutro y abierto de autoexpresión y de circulación de ideas y posiciones. Ahora bien, parece demostrado que los algoritmos de búsqueda de Google o YouTube, la selección de posts y sugerencias que nos encontramos en nuestros perfiles de Facebook o Instagram, incluso en nuestras cuentas de Amazon, Netflix, Spotify o iTunes, devuelven al usuario una imagen demasiado parecida a sí mismo como para permitir las perspectivas diversas y el contraste de pareceres o de gustos. Las redes sociales nos ofrecen una especie de *selfie* de nuestras preferencias y querencias en tiempo real, jaleado por amistades y contactos que nos aplauden las ocurrencias, ratificado por fuentes aparentemente independientes que vienen a coincidir con lo que ya teníamos por cierto o sospechábamos y aderezado con productos y servicios que precisamente se ajustan a nuestros deseos. Se trata del “filtro burbuja”,¹ como ha sido bautizado con acierto. De manera que, frente a los ciberentusiastas de la cultura participativa y la democracia digital, hay que oponer algún argumento ciberescéptico: si la posverdad fuera un efecto colateral de las redes digitales, y estas no fueran tan “desintermediadoras” como algunos suponen, sino que más bien han sustituido a los mediadores tradicionales (pongamos, *The New York Times*, la BBC, la Fox, la CNN) por otros de nueva planta (Google, Apple, Facebook, Amazon, Microsoft), entonces no cabe salvarla como una especie de indeterminación aleatoria y antijerárquica, fruto de micropoderes en pugna que han alcanzado una visibilidad inédita.

Así pues, las definiciones del término y sus interpretaciones tentativas nos dejan más dudas que certezas sobre su alcance, y con ello nos obligan a especular. ¿Se trata de resolver de manera expeditiva y simplista cuestiones éticas y políticas complejas? ¿Es un mecanismo que aligera sólo la impedimenta intelectual y racional, o que llega incluso a sustituir las razones por las emociones? ¿Es una argumentación truncada, que omite alguna premisa incómoda, o más bien apela a la visceralidad de las bajas pasiones? ¿Es un fenómeno estrictamente con-

¹ Eli Pariser, *El filtro burbuja. Cómo la red decide lo que leemos y lo que pensamos*, Madrid, Taurus, 2017.

temporáneo, con un ingrediente al menos inédito (las redes digitales de comunicación, pongamos por caso), o se puede rastrear en el pasado, incluso en periodos relativamente remotos? ¿Sería explicable la posverdad en lo que tiene de reacción frente a la *political correctness*? Es decir, ¿podría entenderse como una mentira burda y maleducada, pero que hace gala de sinceridad y llaneza en las formas, frente al catecismo políticamente correcto, que es una hipocresía en cambio civilizada, bienpensante? *Cui prodest*? Es decir, ¿es un castigo a la clase política por parte de una ciudadanía hastiada, o es una maniobra de unas élites en la sombra para desalojar del poder a otras élites inoperantes o menos aptas en el nuevo ecosistema mediático? Quien denosta la posverdad, ¿puede tirar la primera piedra contra ella, o más bien la convierte en el chivo expiatorio que desvía la atención sobre sus propias medias verdades seculares? ¿Encontraremos, en fin, una guía de uso de la posverdad? ¿Hay disponible al menos una “posverdad para *dummies*”? ¿Un manual urgente, del tipo “¿qué sé yo de la posverdad?” o “posverdad para principiantes”? Sin duda hay esfuerzos editoriales en marcha en esta línea, aunque también hay libros que anticiparon los perfiles del concepto antes de que eclosionara y se reprodujera¹ o que lo han abordado, ya nacido, con el rigor necesario.² Pero nada mejor que recurrir a fuentes

¹ Varios autores han tratado aspectos basales de la era de la posverdad, sin llamarla de esa manera, pero sí aludiendo a algunos de sus “armónicos”. Harry Frankfurt especuló sobre el término *bullshit*, que se diferencia sutilmente de la mentira: mientras el mentiroso reconoce y hasta honra perversamente la verdad, tergiversándola pero teniéndola en mente y en cierto modo también en aprecio, el *bullshitter* vuelve irrelevante la diferencia entre verdad y mentira: o bien no domina el tema sobre el que habla, y entonces su discurso es una cháchara insustancial, o bien es escéptico sobre la posibilidad de hallar la verdad, y sustituye la corrección de sus juicios por la *sinceridad*, es decir, una verdad circunscrita y subjetiva (*On Bullshit. Sobre la manipulación de la verdad*, Barcelona, Paidós, 2006). Mark Thompson recupera el concepto de “autenticismo” y lo identifica como ingrediente del discurso político que triunfa hoy: simplicidad expresiva que sugiere honradez emocional, sospecha de los meros hechos, que son fríos, anecdóticos, estadísticos y emborronan o distraen de las “verdades” que laten debajo, enfático desprecio de la retórica...lo cual no impide explicar en términos precisamente retóricos la operación (*Sin palabras: ¿Qué ha pasado en el lenguaje de la política?*, Barcelona, Debate, 2017). Byung-Chul Han trata la era de la *post-privacy* como “psicopolítica”, señala las diferencias entre transparencia y verdad y aboga por la necesidad del secreto (*La sociedad de la transparencia*, Barcelona, Herder, 2013); Chris Rojek explica cómo la para-socialidad de los viejos medios –radio, televisión, films–, en la que nos hacíamos la ilusión de una interacción cara a cara con unos personajes mediáticos y celebridades que parecían abrírsenos en confianza, ha sido superada ampliamente por los nuevos medios, en los que se trata de abrir un espacio de (para)confesiones indiscriminado, de presunta autenticidad guionizada o escenificada por todos y para todos (*Presumed Intimacy: Para-Social Relationships in Media, Society and Celebrity Culture*, Cambridge, Polity Press, 2016), y Boris Groys hace un análisis extraordinario del diseño del yo en las redes como *poiesis* artística democratizada en *Volverse público: las transformaciones del arte en el ágora contemporánea* (Buenos Aires, Caja Negra, 2016), págs. 21-47.

² Jordi Ibáñez Fanés (ed.), *En la era de la posverdad*, Barcelona, Calambur, 2017.

de toda solvencia, aunque no necesariamente de última hora, que iluminaron en su día espacios que ya comenzaban a parpadear o a desenfocarse, y que nos permiten seguir investigando en el nuevo desorden posverdadero.

HECHOS TOZUDOS, MENTIRAS REDONDAS

Hannah Arendt escribió en 1964 un ensayo iluminador, “Verdad y política”, que constituye una profunda reflexión filosófica con un trasfondo personal, su controvertido papel de cronista del caso Eichmann para la revista *The New Yorker*.¹ La pregunta inicial que se plantea la autora es: ¿por qué verdad y política parecen no llevarse bien?, ¿por qué todo el mundo asume que la mentira es una herramienta necesaria y justificable para la actividad del político y hasta del hombre de Estado, mientras la veracidad resulta impotente en ese ámbito?, ¿qué nos dice esto de la naturaleza de la verdad, por un lado, y de la naturaleza de la política, por otro?

Arendt comienza distinguiendo entre verdad racional y verdad factual. Una verdad racional, como la que afirma que “la suma de los ángulos de un triángulo ha de ser igual a la de la suma de dos lados de un cuadrado”, no puede ser cancelada con la quema de todos los libros de geometría, porque la mente humana siempre será capaz de reproducir ese axioma. Como recuerda Arendt, Hugo Grocio dijo que “ni siquiera Dios puede lograr que dos más dos no sumen cuatro”.

Cosa diferente sucede con las verdades de hecho. Una verdad de hecho modesta (pero extremadamente molesta), como la del papel jugado en la Revolución Rusa por Trotski, desaparecido de todos los libros de historia soviéticos, es más vulnerable que una verdad racional.

Arendt pone ejemplos más gruesos: el apoyo de Alemania a Hitler, la caída de Francia ante el ejército alemán en 1940 o la política de mirar para otro lado del Vaticano durante la Segunda Guerra Mundial son verdades factuales incó-

¹ Hannah Arendt, “Verdad y política”. En *Verdad y mentira en la política*, Barcelona, Página Indómita, 2017, pp. 11-80. Arendt asistió al juicio de Eichmann, celebrado en 1961, y publicó sus crónicas en *The New Yorker* entre febrero y marzo de 1963. Luego recogió esos textos en el volumen *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*, publicado ese mismo año. En 1964 publicaría la primera versión de “Verdad y política”, donde no hace mención en absoluto al caso Eichmann, pero donde trasluce la reflexión filosófica sobre un asunto que le acarreo una agria polémica a uno y otro lado del Atlántico.

modas, que fueron negadas con diferente intensidad por Adenauer, De Gaulle o la jerarquía católica, y ponen en jaque a la propia realidad común y objetiva.

El narrador de la verdad factual se halla en una situación mucho peor que la de quien enuncia una verdad racional o filosófica o formula una teoría o incluso esgrime un dogma religioso ya que:

Si no se aceptan los simples juicios objetivos de ese narrador –verdades presenciadas y vistas con los ojos del cuerpo y no con los de la mente–, surge la sospecha de que puede formar parte de la naturaleza del campo político el negar o tergiversar cualquier clase de verdad, como si los hombres fueran incapaces de aceptar la persistencia incommovible, evidente y firme de esa verdad.¹

Ahora bien, la cosa no es tan sencilla, porque los hechos son tozudos. En un caso como el de Trotski, como recuerda Arendt, no se trata sólo de borrarlo de la historia oficial, ni siquiera de borrarlo físicamente de la faz de la tierra, sino de una operación más ambiciosa: borrar también los discursos no sólo de Trotski, sino de Zinóviev, Kámenev, Bujarin y otros. Hacer desaparecer las antologías sobre el marxismo escritas y editadas por esos nombres, los artículos de Trotski en la *Internacional Comunista*, manipular los documentos gráficos, fotos o filmaciones, donde aparecen junto a Lenin y Stalin. Al límite, habría que matar a todos los contemporáneos de Trotski y ejercer un control de hierro sobre todas las bibliotecas y archivos de todos los países de la Tierra.

Sí, los hechos son tozudos. Pero su tozudez es tan grande al menos como su contingencia. No hay ninguna razón concluyente para que los hechos sean lo que son, siempre podrían haber ocurrido de otro modo: lo que fue no tiene mayor evidencia o verosimilitud que lo que podría haber sido. Y ese choque es un acicate para la mentira, es el caldo en el que vive y medra la figura imponente del mentiroso. De hecho, “dado que el embustero tiene libertad para modelar sus “hechos” de tal modo que concuerden con el provecho y el placer, o incluso con las simples expectativas, de su audiencia, posiblemente resulte más persuasivo que el hombre veraz [...] la credibilidad estará de su lado; su exposición parecerá más lógica, porque, por así decirlo, lo inesperado –uno de los rasgos sobresalientes de todos los hechos– habrá desaparecido misericordiosamente”.² Es decir, el mentiroso ofrece una versión de los hechos más redonda y econó-

¹ *Ibid.*, pp. 33-34.

² *Ibid.*, pp. 58-59.

mica, se acerca más a la racionalidad y a la utilidad, casi podríamos decir que también a la belleza, que quien refiere un relato fidedigno.

Con todo, Arendt sostiene que la evolución de las sociedades, el peso creciente de los medios de comunicación de masas, de los “persuasores ocultos”, según fórmula que triunfó en los años sesenta, han modificado la relación de la política con la mentira. Las diferencias esenciales entre la mentira tradicional y la mentira moderna están en 1) las modernas aspiran a una reescritura de la historia ante los propios ojos de quienes fueron testigos, mediante una manipulación masiva de los hechos, mientras las antiguas eran mentiras particulares, que sólo “hacen un agujero en la tela de lo fáctico”, y que jugaban con la ocultación (el secreto) y con la afectación del rival, del enemigo, sin afectar al cuerpo social en su conjunto. Es decir, la mentira tradicional pretendía ocultar tanto como la moderna pretende destruir (y reconstruir) y 2) consecuentemente, esa aspiración de la mentira moderna debe recurrir necesariamente al autoengaño para prosperar, porque la reorganización de toda la estructura de los hechos –la construcción de otra realidad, por así decirlo, en la que dichas mentiras encajen sin dejar grietas, brechas ni fisuras, tal como los hechos encajaban en su contexto original, es decir, esa “completitud e irreversibilidad”, no pueden darse desde fuera, con el mentiroso contemplando su obra a distancia: sólo el autoengaño es capaz de crear una apariencia de fiabilidad. Pedro debe escapar del lobo junto a sus convecinos, despavorido como ellos ante el peligro inminente que él mismo ha inventado.

Al final, reconoce Arendt que la mentira moderna desembocó en una peculiar clase de cinismo: el absoluto rechazo a creer en la veracidad de cualquier cosa, por muy bien fundada que esté esa verdad. Y aquí es donde Arendt prefigura el estado de *posverdad* que nos ocupará en este capítulo:¹

El resultado de una constante y total sustitución de la verdad de hecho por las mentiras no es que las mentiras sean aceptadas en adelante como verdad, ni que la verdad se difame como una mentira, sino más bien que el sentido por el que nos orientamos en el mundo real –y la categoría de la verdad versus la falsedad está entre los medios mentales para alcanzar este fin– queda destruido. Y para este problema no hay remedio”.

¹ *Ibid.* pp. 68-69.

Más adelante tendremos ocasión de comprobar cómo las previsiones de Arendt sobre ese cinismo generalizado se han cumplido con creces. En cualquier caso, la conclusión de Arendt no es tan desesperanzada como la exposición que hemos hecho y los ejemplos que la ilustran podrían hacer pensar. La mentira, con todo, merece consideración por otros motivos. La mentira es el dominio de la acción política, del cambio del mundo. El que dice la verdad no actúa, el mero relato de los hechos no conduce a ninguna acción, sino a la aceptación de lo que hay. La verdad tiene algo de coactiva, despótica y paralizante, la mentira aspira en cambio a una persuasión: paradójicamente “nuestra habilidad para mentir –pero no necesariamente nuestra habilidad para decir la verdad– es uno de los pocos datos evidentes y demostrables que confirman la libertad humana”. Ciertamente, la mentira parece la condición del hombre político, y ahí encontramos la respuesta a las preguntas que se hacía Arendt al principio: “la veracidad jamás ha sido incluida entre las virtudes políticas porque, de hecho, apenas puede contribuir a ese cambio del mundo y de las circunstancias, cambio que es una de las actividades políticas más legítimas”.¹

Sí, pero esa eventualidad del cambio se refiere al futuro, y la verdad factual, los hechos, son siempre cosa del pasado: lo que hace la mentira es devolver al pasado al estado de fragilidad, de potencialidad, que tiene el futuro, mientras los hechos, en cambio, se resisten con obstinación a su deformación: a la fragilidad le oponen la resiliencia.

Nos encontramos en un callejón sin salida, pero en un grado de lucidez superior al que teníamos al principio. Arendt finaliza su ensayo haciendo votos por un equilibrio tan difícil de conseguir como merecedor de la más alta estima. Según ella, enfrentada a los hechos, la actitud política más justa está en “recorrer la estrecha senda que hay entre el peligro de considerarlos como resultado de algún desarrollo necesario –es decir, como algo que los hombres no podrían haber evitado, como algo sobre lo que no pueden hacer nada– y el peligro de negarlos, de tratar de manipularlos y borrarlos del mundo”.²

LA BANALIDAD DE LA MENTIRA

Las enseñanzas de Arendt en lo que atañe a la relación de la política con la verdad y la mentira son de una actualidad escalofriante. Los editores del texto

¹ *Ibid.* pp. 57 y 58.

² *Ibid.*, p.72.